

El futuro del capitalismo

CIDOB

BARCELONA
CENTRE FOR
INTERNATIONAL
AFFAIRS



CERCLE D'ECONOMIA

El futuro del capitalismo

CIDOB

BARCELONA
CENTRE FOR
INTERNATIONAL
AFFAIRS

 CERCLE D'ECONOMIA

COLECCIÓN MONOGRAFÍAS

© 2015 CIDOB

CIDOB edicions
Elisabets, 12
08001 Barcelona
Tel.: 933 026 495
www.cidob.org
cidob@cidob.org

D.L.: B-10187-2015

Barcelona, abril 2015

SUMARIO

PRESENTACIÓN

Carles A. Gasòliba 5

¿CUÁL ES EL FUTURO DEL CAPITALISMO? 7

Alfredo Pastor

NOTAS DESDE LA FILOSOFÍA, LA MORAL Y LA POLÍTICA 13

Josep Ramoneda

LA LÓGICA DE REFORMAR NECESARIAMENTE EL CAPITALISMO 21

Antonio Franco

EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO Y LA ECONOMÍA DE MERCADO 31

Jordi Mercader

LA REBELIÓN CONTRA «LAS ÉLITES» 35

Belén Barreiro

Carles A. Gasòliba

Presidente de CIDOB

Últimamente, cada vez son más numerosas las voces que denuncian una deriva del capitalismo, la cual conlleva efectos no deseados como la desigualdad y la corrupción, al tiempo que le quita legitimación ciudadana. De ahí que reclamen una vuelta a lo que denominan «capitalismo inclusivo».

Este malestar no es percibido exclusivamente en organizaciones de perfil radical, sino que va arraigando en entornos tradicionalmente conservadores y comprometidos con el modelo capitalista. Una muestra de ello es la relevancia que se le otorga a esta cuestión en los medios de comunicación de referencia en el ámbito económico europeo.

En este sentido, se argumenta que la globalización financiera, el arraigo de determinadas ideas y, en el caso europeo, la apuesta por la austeridad, se encuentran detrás de este creciente distanciamiento entre las élites y el resto de la ciudadanía.

En cualquier caso, existen razones suficientes para abordar estas cuestiones, dado que no estamos hablando exclusivamente de economía. La mayor parte del profundo malestar social y político que se consolida por toda Europa se nutre de esta percepción. De hecho, desde la Gran Depresión iniciada en el año 2008, se han puesto en revisión los fundamentos del capitalismo.

Por este motivo, el CIDOB y el Círculo de Economía, sensibles a esta preocupación, organizaron el 2 de diciembre de 2014 un debate sobre «El futuro del capitalismo», cuyo resultado es esta monografía.

¿CUÁL ES EL FUTURO DEL CAPITALISMO?

Alfredo Pastor

Profesor, IESE Business School

Preliminares

La pregunta ¿cuál es el futuro del capitalismo? surge de vez en cuando, casi siempre en momentos en que los frutos del capitalismo son percibidos no tanto como escasos cuanto injustamente distribuidos, o logrados a costa de los enormes sacrificios de unos pocos. Empezaremos, pues, tratando de averiguar qué se oculta esta vez tras la pregunta. Ello servirá de introducción a la tesis central de esta nota: el capitalismo es una especie que podríamos llamar «deformada» de un género más amplio, la economía de mercado, y quizá la recuperación de los fundamentos de la economía de mercado permitiría una salida a lo que a menudo se nos antoja que son problemas insolubles, en especial en una época de escasez.

*Conferencia pronunciada en el
Círculo de Economía, 02.12.2015*

¿Por qué la pregunta?

La sensación de que algo no iba bien en las economías avanzadas fue cobrando fuerza a partir de la segunda mitad de la década de 1970; aunque no hace falta insistir en que esas divisiones son siempre discutibles, la crisis del petróleo de 1973 marca el final de las casi tres décadas de prosperidad que fueron bautizadas en Francia con el título de los *treinta (años) gloriosos*. Claro está que el período 1945-1975 tuvo, como todos, luces y sombras, pero también es cierto que tanto el crecimiento promedio como el nivel de ocupación durante ese período fueron, en las economías avanzadas, netamente superiores a los de los treinta años que siguieron. No obstante, ha sido la crisis iniciada en agosto de 2007 y aún no resuelta la que, por su duración y gravedad, ha parecido poner bajo sospecha los fundamentos mismos de nuestro sistema económico, cuya capacidad de proporcionar un bienestar material creciente, o al menos estable, para la masa de la población ha sido cuestionada desde tres ángulos, no idénticos pero interdependientes.

El primero, no necesariamente el más importante, tiene que ver con el marco dentro del cual se ha venido desarrollando gran parte de la investigación económica durante la segunda mitad del siglo pasado: un marco inspirado en la mecánica clásica, cuyo mejor ejemplo es *Fundamentos del*

Análisis Económico (Samuelson, 1947), centrado en un sistema de ecuaciones con una solución estable, que puede ser perturbada por choques que, como los meteoritos, vienen de fuera, y que en general vuelve a su punto de partida pasados los efectos de esa perturbación externa. La crisis ha despertado el interés por visiones alternativas, ya existentes al margen de la corriente principal de investigación, para las que una economía capitalista genera sus propias crisis, y que estas, poniendo en marcha procesos de retroalimentación, pueden llevar al sistema lejos del equilibrio inicial; la más popular de estas ha sido la de Minsky, para quien es un sistema financiero desarrollado y competitivo el que está en el origen de esas crisis. En segundo lugar, la evolución de las economías avanzadas parece haber dado como resultado una creciente concentración de la riqueza, y hay indicaciones de que, tras un breve respiro (1920-1975 en Europa), la concentración alcanza unos niveles parecidos a los de su máximo histórico, hacia finales del siglo XIX: esta es la tesis bien conocida de Piketty. Algo parecido ocurre con la distribución de la renta: si bien la diversidad de conceptos y medidas de la desigualdad y la distinta evolución de los países hacen imposible afirmaciones generales, la inquietud sobre su evolución no carece de fundamento, y se ve reforzada por la visión desde el tercer ángulo, el que se refiere al futuro del trabajo, sujeto hoy a las fuerzas de la globalización, por una parte, y de la digitalización (en su doble vertiente de robotización y computerización), por otra. No se ve muy bien cómo el funcionamiento normal de nuestras economías va a poder dar una respuesta satisfactoria a los interrogantes que desde estos tres ángulos se plantean: estabilidad, equidad y empleo. Asimismo, ya que se trata de propiedades fundamentales de una buena organización de la actividad económica, No es extraño que dudar de la capacidad del sistema para garantizarlas sea poner en duda el sistema mismo, la economía capitalista.

El capitalismo, variedad de la economía de mercado

Hoy empleamos los términos «capitalismo» y «economía de mercado» como sinónimos, sin advertir que el capitalismo es la forma que ha adoptado, en los llamados países avanzados, la economía de mercado, y que es en realidad una de las ramas que parten de ese tronco común. La tesis tan conocida de Max Weber, que considera la ética protestante como elemento constitutivo del capitalismo y sitúa así este en el tiempo, parece hoy carente de base histórica. En realidad, la caracterización que del capitalista hace Weber, como aquel que busca el beneficio, más aún, el beneficio recurrente, puede aplicarse a los mercaderes italianos del Renacimiento y, si queremos remontarnos en el tiempo, al mismo Simbad el Marino de las *Mil y una noches*. Según explica Stefano Zamagni, fueron los franciscanos italianos quienes, entre los siglos XIII y XV, codificaron las reglas que debía seguir una economía de mercado, que ellos llamaron economía civil: propiedad privada, libertad de empresa, conducta racional de los actores (racionalidad que no implicaba la búsqueda del máximo beneficio), competencia con unas reglas dictadas por una autoridad neutral que supervisaba su cumplimiento, entre otras. Estas reglas quedan explícitamente enunciadas entonces, son compartidas por el capitalismo moderno y aún hoy forman el núcleo de lo que nuestros manuales describen como una economía de competencia perfecta. Hay, naturalmente, grandes diferencias entre la economía civil y la economía capitalista en que pensaba Weber: el capitalista medieval era un mercader, no un fabricante, no tenía interés en hacerse con la propiedad de los

medios de producción, herramientas que estaban en manos de los artesanos que eran sus proveedores. Pero esas diferencias son accesorias si se las compara con la identidad de principios organizativos y de reglas de conducta de una y otra; ello justifica incluir el capitalismo moderno como una especie del género «economía de mercado».

Sujeto y propósito de la economía

Lo que diferencia el capitalismo de otras formas de economía de mercado es el sujeto. En el capitalismo, como en los manuales de hoy, el protagonista de la actividad económica es el individuo autónomo, que se guía por dos principios, buscar el placer y huir del dolor, y cuya satisfacción es independiente de la de los demás. Es posible que a esta construcción del individuo autónomo haya contribuido el énfasis del protestantismo en la relación individual de cada persona con la Divinidad sin intermediarios, pero el desarrollo del concepto de individuo como único sujeto de la actividad social procede seguramente de Bentham: «La comunidad», dice, «es un ente ficticio» («La sociedad no existe», dirá siglos más tarde, Margaret Thatcher). Este punto de partida informa toda la concepción de la economía: permite considerar la libertad como lo máspreciado del hombre, y por ende la propiedad, sin la que no existe libertad efectiva, como algo que hay que proteger por encima de todo. Permite también definir cuál es el propósito de una economía, el patrón por el que debe ser juzgada: el interés de la comunidad, ese ente ficticio, no puede ser sino la suma de los intereses de cada individuo; de ahí a considerar que la calidad de una economía debe medirse por el volumen de su producción, sin que importe cómo se distribuye, no hay más que un paso, que hoy damos casi sin pensar.

Ocurre, sin embargo, que ese individuo autónomo en cuyo nombre se dirige la economía y hasta se declaran las guerras no tiene existencia real; en el mundo real solo se le aproximan algunos psicópatas (resulta interesante ver, leyendo los relatos de los crímenes más atroces, cómo sus autores suelen ser individuos que han evolucionado hasta llegar a mantener escaso contacto con sus semejantes). En el mundo real es un hecho indudable que cada persona necesita, para su propio desarrollo, de la relación con otros seres humanos. Y esa es precisamente la diferencia que separa el tronco de la economía de mercado del capitalismo moderno. El sujeto de la economía de mercado es la persona, «el hombre y sus circunstancias», y, en particular, cada hombre junto con la red de relaciones humanas tejida a su alrededor y gracias a la que cada uno puede realizar sus capacidades: lazos familiares, laborales y afectivos. Como esa constelación de personas es necesaria para la satisfacción de cada individuo, el propósito de la actividad económica ya no puede referirse solo a las personas que la componen, sino que ha de incluir a la comunidad que estas forman, no porque esa comunidad sea algo superior, sino porque es necesaria para el desarrollo de cada uno de sus miembros. De ahí que el patrón por el que se mide la calidad de una organización económica sea, para la economía de mercado, su contribución al bienestar general, al bien común. No es fácil dar una definición sencilla de bien común: un ejemplo, en la esfera de una comunidad natural como la familia, de las decisiones que tienen en cuenta el bien común son aquellas que se toman «por el bien de la familia», es decir, no por el bien de uno o varios de sus componentes, sino por el bien de seguir juntos.

Algunas consecuencias prácticas

La distinción entre las diversas formas adoptadas por la economía de mercado no tendría mayor utilidad si todas ellas coincidiesen en sus recomendaciones. No es ese el caso, y la consideración de dos asuntos prácticos, la propiedad y la división del trabajo, permite apreciar las diferencias entre la economía civil y el capitalismo moderno.

La propiedad es un elemento básico de todas las formas de economía de mercado. En todas ellas se reconoce su contribución al desarrollo personal: en el capitalismo moderno se considera la propiedad como el requisito esencial de la libertad individual; en otras formas se pone el énfasis en su contribución al desarrollo personal, ya que la propiedad enseña las reglas esenciales del buen gobierno que son de aplicación a toda la sociedad; en todas se pone de relieve que, a diferencia de lo que ocurre con el trabajo servil, la propiedad dota a la persona de la libertad de acción necesaria para la realización de sus capacidades. Pero solo en el «capitalismo salvaje» de la primera Revolución Industrial mereció la propiedad la consideración de bien que había que proteger frente a todos, y el derecho de propiedad se impuso como el que debía prevalecer sobre cualquier otro. En otras formas, el derecho de propiedad no puede ser contrario a las exigencias del bien común, y en consecuencia se establecen, entre los principios básicos de la organización económica, límites a su ejercicio: de ahí que la prisión por deudas sea una criatura del capitalismo salvaje, y su abolición el resultado de la adopción de otras variedades de la economía de mercado.

La división del trabajo es otro principio básico de organización en todas las formas de economía de mercado, pero su justificación, o su propósito, no son los mismos en todas ellas. En el capitalismo, el propósito de la división del trabajo es lograr la mayor productividad posible del trabajador, tal como expone Adam Smith, en las primeras páginas de *La riqueza de las naciones* (1776), con su célebre ejemplo de la fábrica de alfileres. En la perspectiva de la economía civil el razonamiento es distinto, porque se parte del hecho de ser el trabajo una necesidad básica para el desarrollo de la persona, en tres dimensiones: le permite actualizar su potencial creativo –sus habilidades tanto intelectuales como manuales–, le da ocasión de relacionarse con los demás y le proporciona los medios necesarios para su sustento. Como las personas difieren entre sí tanto por sus talentos y habilidades como por sus disposiciones, una economía bien organizada ha de dividir el trabajo de tal modo que todos hallen un puesto en ella. De manera que, al valorar la bondad de un proyecto, la consideración de sus consecuencias sobre el empleo ha de pesar tanto o más que la de sus efectos sobre la productividad. A la vista de esos dos ejemplos quizá resulte superfluo añadir que una forma de economía de mercado distinta de la actual podría dar una respuesta adecuada a dos problemas hoy acuciantes: el de la deuda y el del futuro del trabajo.

¿Extirpar o reordenar?

Lo anterior justifica que uno pueda considerar el capitalismo como una versión deformada de la economía de mercado, tal como esta fue concebida en la Baja Edad Media. Otros pueden llamar evolución, o incluso progreso, a esa deformación, como si correspondiera a algún cambio en algún sentido favorable de la naturaleza humana. Pero esta ha permanecido invariable:

la lista de impulsos, móviles, anhelos y miedos, ambiciones y propósitos es la misma a través de la Historia. La diferencia entre unas sociedades y otras, entre unas épocas y otras, está en la importancia que cada una confiere a los elementos de esa lista, y ese orden de prioridades configura la sociedad y la época en sus aspectos más importantes, desde el conocimiento hasta el sistema de producción.

¿En qué consiste la deformación que ha dado origen a la variedad de economía de mercado que llamamos capitalismo? En la primacía otorgada al enriquecimiento individual sobre otros objetivos que en otras épocas gozaron de mayor consideración. La lucha de los moralistas medievales contra la codicia se saldó con un fracaso: esta, disfrazada a veces como búsqueda de la eficiencia o espíritu de empresa, ha llegado a veces a ser tomada como signo de progreso espiritual. Esta deformación, que casi podría ser llamada inversión del orden natural de prioridades, acaba impregnando la sociedad entera, y ha sido considerada por algunos como la principal causa de la corrupción de los sentimientos morales.

Sería vano, sin embargo, pretender extirpar la codicia de la lista, porque siempre estará con nosotros; ello sería ir contra nuestra propia naturaleza, ya que la codicia es una manifestación desordenada del propio interés, y este es un ingrediente imprescindible de nuestra idiosincrasia. De ahí que se haya llegado a afirmar que el hombre plenamente desinteresado no existe: igual que el individuo autónomo del que antes hablábamos, se trataría de un ser menos que humano, porque le faltaría uno de los instintos que configuran la naturaleza del hombre. No se trata, pues, de extirpar la codicia, menos aún de pretender que es el vicio de unos pocos, cuya liquidación resolvería el problema. Se trata de algo más difícil, de poner un poco de orden. Para ello, conocer otras variedades de economía de mercado —economía civil, economía social de mercado o economía cooperativa—, saber cuál es su lista de prioridades, es un primer paso; el ejemplo de gobernantes, dirigentes y formadores de opinión es indispensable; todos ellos, medios para lograr el verdadero objetivo de una buena sociedad, también en su esfera económica, que es ayudar a que cada uno se ordene a sí mismo.

Josep Ramoneda

Filósofo y periodista

1. Hay una cierta ligereza a la hora de hablar de capitalismo. Genéricamente es un sistema económico basado en la propiedad privada de los medios de producción, en la libre competencia y en el mercado como medio de asignación de bienes y servicios. Pero capitalismos hay muchos. En 1991, en pleno hundimiento de los regímenes de tipo soviético, Michel Albert en *Capitalismo contra capitalismo*, señalaba las diferencias estructurales entre el capitalismo neoamericano y el capitalismo renano. Solo añadiendo el capitalismo de Estado chino, el capitalismo nacional-mafioso ruso, el capitalismo del petróleo de la península arábiga y el resignado capitalismo japonés ya queda claro que es difícil amalgamar cosas tan diversas en un solo concepto. Y, sin embargo, la globalización nos ha impuesto la doble idea de extensión planetaria del sistema económico y de inexistencia de sistema alternativo alguno.

En realidad, la globalización es un simple cambio de escala en las relaciones económicas. Las nuevas tecnologías han hecho mucho más fácil el trasvase de dinero –basta pulsar una tecla del ordenador– de un lado a otro del planeta, y también, aunque con más limitaciones, la circulación de ideas, de mercancías y de personas (para estas hay, a menudo, crueles barreras). Y precisamente por esta gradación en la facilidad de los intercambios, la globalización ha beneficiado, por encima de todo, a la circulación del dinero y ha provocado un desplazamiento del capitalismo industrial a un capitalismo de hegemonía financiera, al que algunos han puesto las etiquetas de líquido (Zygmunt Baumann), en la medida que desenraíza al capital de las sociedades concretas, o aristocrático (Thomas Piketty), en tanto que reduce enormemente el número de sus beneficiarios y refuerza la importancia del origen (la acumulación y la herencia) en la medida en que el capital crece a un ritmo muy superior al de la economía productiva.

Es cierto que el paradigma llamado «neoliberal» (expresión que ha quedado acuñada y es ineludible, pero que siempre utilizo con reservas, porque toma en vano la gran tradición del pensamiento liberal clásico que nada tiene que ver con este desvarío) se ha ido imponiendo en América y en Europa como modo de gobernar. Pierre Dardot y Christian Laval lo han definido como «el conjunto de discursos, prácticas y dispositivos que

determinan una nueva manera del gobierno de los hombres bajo el principio universal de la competencia». De modo que hoy «ya no se pregunta qué tipo de límite asignar al gobierno político, al mercado, a los derechos o al cálculo de utilidad, sino cómo hacer del mercado tanto el principio del gobierno de los hombres como del gobierno de sí mismo». Es la reducción del ciudadano a «Homo economicus», individuo autosuficiente en lucha a muerte con los demás por la supervivencia. Y esa llamada para que la economía pase por encima de la política, «a asumir la dirección del mundo», ocurre precisamente, nos advierte Daniel Cohen, cuando «las necesidades sociales migran hacia sectores que tienen dificultades para inscribirse en la lógica mercantil: la sanidad, la educación, investigación científica y el mundo de Internet forman el corazón de la sociedad posindustrial. Cuando la creatividad humana es más elevada que nunca, el “Homo economicus” se impone como un triste profeta extraviado de los tiempos nuevos». Y esta pulsión reduccionista se extiende por todas partes, marcando incluso un proyecto de alto control estatal como el chino, donde sí se ha cumplido la afirmación de Marx de que el Gobierno es el consejo de administración de la burguesía (el secretariado del partido que dirige china se escoge en función de las acciones que sus miembros poseen en los sectores clave de la economía).

2. El proceso de globalización, y el efímero sueño de hegemonía occidental que siguió a la caída del muro de Berlín, generó otra fantasía que la realidad ha desmentido rápidamente. La idea de que el modelo de democracia liberal iba a imponerse rápidamente en el mundo. Sobre esta ilusión construyó Fukuyama su idea de fin de la historia, como si se hubiese alcanzado la superación de la dialéctica de las contradicciones descrita por Hegel y se estuviese realizando ya la profecía que Marx había establecido como colofón del comunismo: la sustitución de la política por la administración de las cosas. La historia es terca y no tardó en reaparecer estruendosamente para dejar en evidencia a los que se precipitaban en celebrar su hegemonía definitiva. El mito se hundió definitivamente el 11 de septiembre de 2001, con el ataque de Al Qaeda a Estados Unidos. Sin embargo, pese al carácter simbólico de ese acontecimiento, cargado de poder iconográfico, la historia continuaba viva en muchas partes y allí estaba China haciendo imperturbable su camino para recuperar el poder perdido o Rusia suturando, a menudo brutalmente, los desgarros del hundimiento del régimen comunista, e intentando rescatar el orgullo perdido, o el despertar de África y el resurgir de América Latina, liberada de los años de plomo de las dictaduras por encargo.

No solo la hegemonía del modelo occidental ha sido una fantasía, sino que la propia idea de democracia se ha banalizado enormemente. «Hoy más que nunca», escribe Paolo Flores d’Arcais, «“democracia” corre el riesgo de no significar nada». La palabra se ha banalizado enormemente: se derrumba un régimen político, ya sea por colapso (los países de tipo soviético), por revolución (Egipto, pongamos por caso) o por guerra (Irak, sin ir más lejos), se montan unas elecciones, sin que se den las condiciones mínimas exigibles para unas votaciones realmente libres, y se proclama que un nuevo país ha sido ganado para la democracia. Y así se va construyendo la fantasía de que nunca hubo tantas democracias en el mundo.

A su vez, las democracias consolidadas de Occidente sufren un proceso de degradación creciente. Las crisis tienen un efecto revelador. Y la actual crisis económica ha permitido que hasta el ciudadano más ciego ideológi-

camente se diera cuenta de la evolución de las democracias occidentales hacia la tecnocracia y la plutocracia con los poderes políticos plenamente sometidos a las exigencias del poder económico y el discurso de los expertos como fuente principal de legitimación política. La Unión Europea no progresa en la construcción de una democracia supranacional. Los ciudadanos (y con ellos la legitimidad democrática) son los invitados silenciosos de unas instituciones políticas basadas en la legitimidad tecnocrática de Bruselas y en la legitimidad de las relaciones de fuerza entre estados vinculados por tratados intergubernamentales. Sometidos al modelo del «Homo economicus» vivimos cada vez más atrapados en una sola dimensión, negando la singularidad, la diversidad y la complejidad humana –más allá de la quimera del dinero y el éxito– que es la esencia de la vida democrática. Y, sin embargo, como dice Flores d’Arcais, «la democracia sigue siendo imprescindible» si queremos que el poder siga siendo de todos y de cada uno, si queremos poner límites a los abusos de todos los poderes y si queremos evitar que nuestras sociedades evolucionen irremisiblemente hacia nuevas formas de totalitarismo. Exportar los derechos humanos a punta de misil, como se ha hecho en Irak y en otros tantos lugares, solo sirve para desprestigiarlos, para que sean vistos como una forma de imposición y de control de Occidente.

Pero, además, se ha aprovechado este viaje para propagar otra idea que no resiste la prueba de la realidad: que el lugar natural del capitalismo es la democracia. Lo desmiente la historia, lo desmiente el presente. No hace falta que nos lo cuenten en este país, donde vivimos durante muchos años en una dictadura dentro de un sistema perfectamente capitalista. Y ahí están las dictaduras latinoamericanas de los años setenta y ochenta, con la de Pinochet en Chile a la cabeza, que fue puesta como ejemplo por Milton Friedmann y la escuela de Chicago, en una clara demostración de que para algunos liberales las cuentas del capital prevalecen sobre los derechos y la dignidad de las personas. China pasó de la economía socialista a la economía capitalista, pero su régimen autoritario de partido único prevalece, y la llegada de la democracia no se vislumbra por ninguna parte. Y qué decir del capitalismo del petróleo de los países árabes, controlado por monarquías absolutas para las que los poderes occidentales (económicos y políticos) no tienen nunca una mala palabra, ni siquiera cuando nutren con dinero al yihadismo islámico.

No hay ninguna naturalidad en la relación entre capitalismo y democracia. Es un equilibrio perfectamente inestable porque se basa en principios contradictorios. El capitalismo vive en la desigualdad, el que gana se lo lleva, y la democracia se fundamenta en el principio de igualdad de derechos y dignidad de las personas. Y este equilibrio solo puede funcionar si los mecanismos de control de los abusos de poder están muy afinados. Es decir, si el poder político es capaz de poner límites al poder económico y, al mismo tiempo, funcionan los mecanismos de división de poderes y de control de los que mandan. El proceso de globalización ha introducido una disfuncionalidad grande porque el poder económico se ha globalizado y el poder político sigue siendo local y nacional, con enormes dificultades para encontrar formas superiores de articulación, como vemos a diario en Europa. El sociólogo alemán Wolfgang Streeck lo ha dicho: «El capitalismo tiene necesidad de trabajadores precarios y de consumidores confiados. Esta tensión puede estabilizarse por el equilibrio económico –cuando todo el mundo es pagado a precio de mercado– o por el equilibrio político –cuando los asalariados obtienen del Gobierno las seguridades que no

obtendrían en el mercado— La historia del capitalismo desde 1945 es la historia de los correctivos aportados a esta tensión. Después de los Treinta Gloriosos, la inflación y el endeudamiento público de los Estados —después el privado— han permitido controlar la tensión. Esta estrategia ha llegado al final del camino. La oleada neoliberal conduce a separar definitivamente las instituciones democráticas del Gobierno de la economía. Las democracias nacionales ya no son capaces de asegurar el control racional de la economía que se ha evadido hacia el mercado mundial».

De modo que el poder político pierde autonomía sometido al chantaje del poder financiero. Cuando los gobernantes están más pendientes de las señales que emiten los mercados que les financian que de los intereses de los ciudadanos que, al fin y al cabo, solo deciden una vez cada cuatro años, ¿podemos seguir hablando en propiedad de democracia? A lo sumo, podemos decir que la democracia está invertida, anda cabeza abajo, en vez de escuchar a la ciudadanía soberana escucha a la minoría especulativa. Por eso, en Europa se está produciendo una fractura entre política y ciudadanía. Los ciudadanos sienten que el modelo bipartidista cerrado, que excluye como radicales a todos aquellos que quieran penetrar en el reparto de poder entre centro derecha y centro izquierda, es sistema de control social más que de participación política. Y están forzando la apertura de estos regímenes con el voto a partidos no reconocidos por el establecimiento. En realidad, nos estamos jugando la revitalización de la democracia o la evolución, por definitiva sumisión de la política a la economía, hacia el autoritarismo posdemocrático.

En los años previos a la crisis, en que se combinó la fantasía de que todo era posible —grandes lumbreras de la economía como Robert Lucas llegaron a afirmar que los ciclos se habían acabado en el capitalismo— con la indiferencia política generalizada, de unos ciudadanos satisfechos con sus expectativas, resignadas al simple trámite de votar cada cuatro años, estuvimos ya muy cerca de la mutación de la democracia en autoritarismo de la servidumbre voluntaria. Pero la crisis tuvo su efecto revelador, rompió el velo de la invisibilidad, que ocultaba lo que no gustaba, y, sobre todo, rompió la utopía de la clase media, descrita por Marina Subirats: la ilusión de que la inmensa mayoría pertenecía a una misma clase, en la medida en que «el modelo de vida generalizado fue el de la clase media: propiedad de la vivienda, de varios vehículos, vacaciones anuales, incluyendo algún viaje, abundancia de ropa y electrodomésticos, equipamiento electrónico, ya en los 2000. Todo ello, evidentemente, de distintas calidades y precios, según el nivel económico y social, pero generalizando las formas de consumo de modo que desaparecieran las marcas de clase más visibles: las ropas usadas, la pobreza, la exclusión de las universidades. Los signos que marcaban con toda crudeza las anteriores fronteras de clase». No obstante, la crisis quebró esta clase media por el espinazo: los *insiders* —los que conservaron el puesto de trabajo y pudieron soportar el peso de las deudas— y los *outsiders* —que vieron otra vez el abismo que creían haber dejado atrás—. Y la fantasía de la sociedad de la indiferencia que garantizaba a los poderosos un gobierno tranquilo, con simples trasposos de poder entre ellos, se vino abajo. La ciudadanía ha despertado y reclama una redistribución del poder y otra manera de hacer las cosas. La política resurge.

3. Sobre Europa pesa aún la memoria de una circunstancia excepcional, los llamados «Treinta Gloriosos», los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial en que, en la naciente Unión Europea, el desarrollo y la equidad

crecieron en un equilibrio sin precedentes. Estados Unidos y Europa tenían casi el monopolio del consumo energético, lo que les permitía tener precios muy bajos, y disponían de una superioridad tecnológica abrumadora. A partir de la crisis del petróleo de 1973 empezó lo que podríamos llamar «la venganza de los humillados». Ya en 1879, Al Afghani, teólogo iraní muy influyente en el mundo asiático, había escrito: «Oh, hijos de Oriente, no sabéis que el poder de los occidentales y su dominio sobre vosotros se produce por sus avances en conocimiento y educación y por vuestro declive en estos ámbitos». Tardaron mucho en escucharle. Europa vive ahora con la sensación de no saber encontrar su lugar en un mundo que ha cambiado muchísimo y de haber perdido la capacidad de generar expectativas y motivación de futuro en sus ciudadanos. Al tiempo que siente comprometido su modelo social, a pesar de seguir siendo admirado en gran parte del mundo. La economía ha descabalgado a la política y los intereses de los más fuertes, que no se sienten intimidados, imperan sobre nociones tan clásicas como el bien común.

De modo que adquiere especial importancia una pregunta: ¿quién controlará el futuro? Las nuevas tecnologías de la información plantean nuevas cuestiones sobre el funcionamiento de la sociedad que no se pueden eludir. La automatización y las nuevas formas de manipulación de la información afectan directamente al trabajo. El trabajo ha sido pieza articular del modo de gobernanza vigente. Tener un trabajo es lo que garantiza poder acceder a unas condiciones de vida digna. El trabajo es, a la vez, obligación y promesa. Es el peaje que el sistema impone para no quedar excluido. La meritocracia —el esfuerzo como garantía de premio— es la sublimación del mito del trabajo y, al mismo tiempo, la condena moral de los que fracasan. Pues bien, el trabajo va camino de convertirse en un bien escaso. ¿Cómo se garantiza a las personas las condiciones de vida digna si no hay trabajo para todos? En vez de afrontar cuestiones como esta, se insiste en la quimera del pleno empleo. Así lo explica Bernard Stiegler: «La robotización de la producción pone aún más en evidencia el inmenso problema del modelo económico; si los robots sustituyen a los trabajadores, ¿quién consumirá lo que produzcan los robots y con qué recursos?».

«Nuestras redes no han dado los resultados que esperábamos!», ha escrito Jaron Lanier, uno de los gurús de Silicon Valley. Cuando la información era un bien escaso, se decía que el que tenía información tenía poder. Ahora que la información circula por las redes en la más absoluta abundancia, lo que da poder es la capacidad de manipular estas cantidades ingentes de datos que se colocan cada día en los canales de Internet. Infinita información es igual a cero información si no se tienen los mecanismos para manipularla, clasificarla y utilizarla. Y así se ha configurado un oligopolio de los poseedores públicos y privados de los megaservidores. Cada día todos volcamos grandes cantidades de información en la Red gratuitamente, sin recibir nada a cambio, salvo quizás alguna gratificación narcisista. Ni se nos reconoce la aportación ni se nos gratifica por ella. Sobre estos datos, con sus máquinas y sus algoritmos, unos pocos, muy pocos, ganan ingentes cantidades de dinero a costa de nosotros. Primero, porque les aportamos la información a coste cero; y, segundo, porque esta información sirve para manipular nuestras conductas, orientar nuestras opciones de consumo y controlar hasta límites desconocidos nuestras vidas. Las redes eran una promesa de descentralización y de libertad personal y van camino de producir una concentración inmensa de poder, es decir, de control de todos nosotros. El que disponga del ordena-

dor más potente se hará con la superioridad informacional. Y Jaron Lanier remacha: «La mayor potencia de computación permite que un servidor sirena disfrute de los beneficios mágicos de manipular consistentemente a los demás, pero sin necesidad de forzar el comportamiento». Es decir, ejercer el poder sin ensuciarse las manos.

Baja el precio de las comunicaciones, crece la potencia de los ordenadores y el sector financiero crece más que cualquier otro, provocando una verdadera mutación del sistema. Crece el poder de los que especulan con nuestras necesidades. El *Obamacare* pretendía colocar a toda la ciudadanía americana en situación de asegurada. Con el *big data* será definitivamente una quimera. Antes, el negocio estaba en asegurar al máximo número de clientes; ahora, el negocio está en asegurar solo a quienes los algoritmos indican que acumularán poco gasto sanitario. Donde se nos prometía mayor empoderamiento, lo que hay es el triunfo de la pasividad del consumidor. La utopía ha cambiado de bando. Y naturalmente, si el capitalismo del futuro ha de ser controlado por los dueños de los megaservidores, la democracia será la primera víctima. Hoy la lucha por la dignidad consiste en resistir a los cantos de los servidores sirena. Y la política se está quedando muda.

4. ¿Es posible todavía rescatar a la política? Es decir, ponerla al servicio del interés general y del bien común. La democracia es algo más que unas reglas del juego, es ingenio muy delicado para protegernos de los abusos de poder y es una cultura de la igualdad de derechos y de la dignidad de las personas. El demócrata ha de sentirse siempre un punto incómodo en la realidad, porque sabe que, si se pierde el sentido crítico, cae el telón de la libertad. Recientemente, el debate sobre la desigualdad ha roto barreras y ha llegado, en algunos países, a ocupar un lugar destacado en la agenda política. Los gobernantes viven mal el malestar de la ciudadanía con ellos, pero tienen que entender que la política es la voz de los que no tienen poder y si ellos la ponen al servicio de los poderes económicos, se convierten en factor de opresión y no de representación. Hay que volver a hablar de política. Para ello hay que empezar superando las cuatro falacias que describe Zygmunt Baumann. La economía no ha pasado al asiento de atrás, como pedía Keynes. La normatividad emana hoy del poder económico, mucho más que del político, religioso o ideológico. Se ha convertido en la ideología dominante, con evidentes efectos destructivos de la idea de comunidad y de bien común. El crecimiento como santo y seña de la política, al que se sacrifica todo. Por eso, Baumann nos propone pasar por el cedazo de la crítica a cuatro tópicos recurrentes: que el crecimiento es la base del bienestar; que un consumo en constante crecimiento favorece el deseo y la felicidad; que la desigualdad humana es natural; y que la competencia es condición suficiente para la justicia social.

A estos tópicos hay que responder con preguntas: ¿qué crecimiento? No vale todo y no son baladíes las prioridades a la hora de crecer, porque prefiguran las sociedades. ¿Qué felicidad? El discurso de la felicidad es el primer ingrediente de cualquier desvarío utópico, en el sentido literal de la expresión, aquello que no tiene lugar, hay en esta idea una peligrosa voluntad de pautar el deseo y establecer el bienestar al que han de aspirar los ciudadanos. ¿Qué desigualdad natural? Ser diferentes no es lo mismo que ser desiguales, la desigualdad es la diferencia convertida en poder. ¿Qué significa competir? La com-

petencia nunca puede ser criterio de justicia social porque desconoce el significado de la equidad y el respeto entre iguales y condena a los perdedores. Estos tópicos consagran el mito del «Homo economicus» autosuficiente, ponen en crisis la idea de común, de responsabilidad compartida, sin la cual las ideas de democracia y de justicia carecen de sentido. No hay proyecto de sociedad moralmente aceptable que no empiece por tomar en cuenta la existencia de los demás.

5. «La socialdemocracia no representa un futuro ideal, ni siquiera representa el pasado ideal. Pero entre las opciones disponibles hoy, es mejor que cualquier otra que tengamos a mano». Estas palabras son de Tony Judt, en *Algo va mal*, escrito en la fase final de la esclerosis lateral amiotrófica que le llevaría a la muerte en 2010. Y, sin embargo, hoy la socialdemocracia vive su gran declive. Como ha escrito el filósofo Michel Feher: «La búsqueda de competitividad, en la que hacen hincapié los “progresistas”, es por definición una batalla permanente y no el resultado de un esfuerzo puntual. Por eso es posible predecir que, a medio plazo, la conjugación persistente de los sufrimientos que los socialdemócratas se niegan a evitarles a los más desfavorecidos y la exasperación que sus remordimientos provocan a los más favorecidos se traducen en una disminución continua de su electorado».

Lo que me interesa puntualizar aquí es el razonamiento de Tony Judt sobre el malestar y las fracturas contemporáneas. En el punto de partida, la perplejidad ante una sociedad que ha hecho del dinero su único criterio moral: «ha convertido en virtud la búsqueda del interés material». Hasta el extremo de que es lo único que queda como sentido de voluntad colectiva. Y así asistimos a crecimientos salvajes de la desigualdad interior en nuestros países, a la humillación sistemática de los más débiles, a los abusos de poderes no democráticos —empezando por el poder económico— frente a los que el estado es impotente, y la indignación ha tardado mucho en llegar y solo ahora empieza a tomar cuerpo y formulaciones políticas imprecisas y contradictorias. La reducción de la experiencia humana a la vida económica se ha convertido en algo natural. Una naturalidad que surge del mundo construido en los años ochenta, fundado «en la admiración acrítica por los mercados sin restricciones, el desprecio del sector público y la ilusión falsa del crecimiento infinito».

Tony Judt recurre al liberalismo clásico, el de verdad. Cita a Adam Smith para reafirmar el carácter destructivo de la cultura de admiración acrítica de la riqueza: «la causa más grande y más universal de corrupción de nuestros sentimientos morales». Y describe la ceguera del mundo en que vivimos: en que un aumento global de la riqueza disimula las disparidades distributivas que colapsan la movilidad social y destruyen la confianza mutua indispensable para dar sentido a la vida en sociedad. La tríada inseguridad, miedo y desconfianza como base de un sistema de dominación que encontró en la indiferencia la clave de su éxito. La pregunta que recorre el libro de Judt es: ¿por qué es tan difícil encontrar una alternativa? Y nos conduce a los efectos combinados de la hegemonía ideológica conservadora y la globalización: la economía se ha globalizado, la política sigue siendo local y nacional. En este punto la política debería encontrar empatía en una ciudadanía que en su inmensa mayoría vive su experiencia en el ámbito local y nacional. En vez de reforzar este vínculo, la política se ha ido desdibujando en la resignada aceptación de los límites de lo posible fijada por los mercados.

El gran problema para Tony Judt es el vacío moral. No podemos seguir evaluando nuestro mundo y decidiendo las opciones necesarias sin referentes y juicios morales. Solo sobre ellos se puede reconstruir la confianza. Y la confianza es necesaria para el buen funcionamiento de todo, incluso de los mercados. El autor se apoya en otra figura señera de la gran tradición liberal, John Stuart Mill, para marcar una posición inequívoca: «La idea de una sociedad sostenida solo por relaciones y sentimientos surgidos del interés monetario es básicamente repulsiva».

De la crítica de la construcción de la hegemonía que data de los años ochenta, no surge un discurso melancólico del pasado. Es evidente que en los treinta años posteriores a la Segunda Guerra Mundial los ciudadanos de Estados Unidos y de la Europa democrática vivieron en las mejores condiciones sociales que se han conocido. Pero era un privilegio de un restringido grupo de países que habían encontrado el equilibrio «entre innovación social y conservadurismo cultural».

Las revueltas que a finales de los sesenta rompieron los parámetros morales y culturales de aquellos años, abrieron, inconscientemente, el camino a la radicalización del individualismo que daría paso a la revolución conservadora de los ochenta. Después vino la fatua reacción occidental sobre la caída de los regímenes de tipo soviético.

La izquierda se fue quedando muda mientras la derecha se esforzaba en el desprestigio del Estado. Y así seguimos, sin alternativa. ¿La democracia puede sobrevivir mucho tiempo a la cultura de la indiferencia? «La participación en el Gobierno no solo aumenta el sentido colectivo de la responsabilidad por todo lo que hace el Gobierno, también preserva la honestidad de los que mandan y mantiene a raya los excesos autoritarios.» Por el camino hemos perdido la idea de igualdad. ¿Qué hay que hacer? Repensar el Estado, reestructurar el debate público, rechazar la tramposa idea de que todos queremos lo mismo, y replantearnos la vieja cuestión de William Beveridge: «¿bajo qué condiciones es posible y valioso vivir, para los hombres en general?». Injusticia, desigualdad, deslealtad, inmoralidad, la socialdemocracia tenía un lenguaje para hablar de ellas y ha renunciado a él. Venimos de dos décadas perdidas, dice Judt, y nada garantiza que no sigamos así. Judt se apoya en Tolstoi para advertirnos de que «no hay condiciones de vida a las que no se pueda acostumbrar un hombre, sobre todo si ve que todo el mundo las acepta». Romper este fatalismo es el reto que se plantea al despertar de la crisis.

Antonio Franco

Periodista

El Estado de Malestar

Considero que vivimos una etapa que merece llamarse «Estado de Malestar». Considero que eso responde a la insatisfacción que genera la deriva del capitalismo. Desde que en 1989 se desmoronó el muro de Berlín por la ineficiencia del comunismo –tal como se había aplicado en el Este– para resolver los problemas cotidianos de los ciudadanos y para garantizar el crecimiento económico, así como por el aplastamiento de libertades básicas que acompañaba a esa versión del modelo, el capitalismo cambió para mal. Ya sin alternativa como doctrina económica, es decir, al desaparecer el contrapeso del temor a que, si cometía grandes excesos, podía perder el favor de las opiniones públicas occidentales, inició su operación de acoso y derribo del Estado de Bienestar allí donde había arraigado. Lo hizo para abrir un inmenso nicho de negocio y mejorar los beneficios de los accionistas de los sectores privados de los servicios de prevención y de atención a los ciudadanos. La ejecución llegó después de una muy bien publicitada sacralización teórica del *laissez-faire* en todas direcciones, un *laissez-faire*, y ahora lo sabemos, que creó una inmensa burbuja de crecimiento económico, pero que como subproducto trajo a la sociedad occidental un incremento exponencial de la desigualdad y una espiral de desempleo masivo.

Esta tendencia al radicalismo neoliberal confeso se quebró cuando empezó la crisis, en 2007. A partir de ese momento el capitalismo tradicional traicionó definitivamente sus propios esquemas, pero con perfidia y sin reconocerlo. Continuó predicando su defensa del libre mercado como si nada hubiese sucedido; no obstante, *de facto* empezó a actuar sistemáticamente en dirección contraria: comenzó a aplicar férreamente un espectacular intervencionismo sin precedentes para preservar a la banca y al mundo financiero de tener que pagar los errores y abusos que habían cometido y que condujeron a la crisis. Pero este intervencionismo fue selectivo. No se aplicó para paliar en paralelo los perjuicios masivos que esos malos cálculos y esos desmanes produjeron a los ciudadanos.

La estrategia aplicada por el capitalismo para que los efectos de los problemas financieros de Wall Street cayesen sobre el conjunto de la opinión

pública y no sobre los accionistas de las entidades responsables fue la megaoperación transformista de reconvertir en deuda pública la gigantesca deuda privada de los bancos e instituciones que se habían descontrolado. Eso condujo al hito final de la descomposición de la vieja ortodoxia capitalista porque, a efectos prácticos, se tradujo en una monumental socialización –esa es la palabra exacta– de las pérdidas del mundo financiero privado, y esa socialización comportó inmediatamente el inicio de un empobrecimiento casi automático de las rentas privadas de los ciudadanos sobre quienes recayeron injustamente las grandes deudas. Ante esa nueva situación, los difusos pero efectivos poderes fácticos que llevan las riendas del capitalismo efectuaron su ventajosa apuesta definitiva: la propuesta de ahorrar en servicios públicos de atención a los ciudadanos para pagar la ingente cantidad de dinero gastado en rescatar a la banca privada.

Ante esa situación, frente al amplísimo escándalo popular provocado por las consecuencias de esta desnaturalización del modelo económico, parece lógico que el futuro del capitalismo sea reformarse/regenerarse, pese a las inercias que empujan o bien a no hacerlo, o bien a efectuar esos cambios de forma solo cosmética, superficial e insuficiente. De hecho, tras los momentos álgidos de la crisis y en los días posteriores a que se desvelasen las grandes irregularidades cometidas, de cara a la opinión pública crítica, casi siempre se produjo una primera reacción declarativa de protagonistas destacados del sistema político y financiero, anunciando inminentes replanteamientos para acabar con algunas de las prácticas aplicadas hasta entonces. Pero, también de hecho, una vez superadas las etapas críticas de ese pánico ante las posibles reacciones airadas y descontroladas de la opinión pública, se han dado numerosas pruebas de que no ha existido voluntad política para efectuarlos.

Un ejemplo paradigmático de todo ello fue lo ocurrido tras la bancarrota, en 2008, de Lehman Brothers por efectuar malas prácticas y asumir riesgos excesivos. Esta compañía global de servicios financieros, dedicada a la banca de inversión, gestión de activos financieros e inversiones en renta fija y banca comercial, al hundirse, generó problemas que casi unánimemente se considera que acabaron provocando la que ha sido la mayor crisis financiera mundial desde el crac de 1929. Todos los anuncios que se hicieron entonces de que esta quiebra propiciaría la creación de mecanismos preventivos y el establecimiento de regulaciones estructurales sistémicas para evitar que pudiera repetirse la necesidad de que, como mal menor, tuviesen que inyectarse desorbitadas cantidades de dinero público a entidades privadas para salvaguardar el equilibrio del sistema, se eclipsaron en cuanto, gracias a esas ayudas, se tranquilizó el enervado ambiente. En realidad, una vez la opinión pública digirió el chantaje de que o se destinaban recursos públicos para estabilizar a esta entidad bancaria, o acabaría siendo ella la mayor perjudicada, una gigantesca megacampaña publicitaria instaló en la mentalidad colectiva la idea de generalizar esta supuesta solución: hay que respaldar prioritaria y obligadamente a las grandes corporaciones bancarias y financieras, aunque hayan incumplido las reglas de la limitación de riesgos y del respeto a la estricta competencia. Con eso se dio por finalizada la urgencia de acometer reformas. El argumento publicitado de que su hipotética caída y desplome perjudicaría a cantidades ingentes de ciudadanos (el eslogan utilizado fue «esas entidades son demasiado grandes para que se pueda permitir su quiebra»), venció en el pulso al tradicional mensaje del capitalismo de «que cada palo aguante su vela».

Pero, pese a las resistencias dilatorias que buscan que en el fondo todo continúe igual, tanto los expertos más cualificados como el conjunto de la opinión pública de los países democráticos ya no consideran sostenible de cara al futuro la continuidad del *laissez-faire* casi absoluto que se entronizó como dogma en los años del binomio Reagan-Thatcher y después del hundimiento del modelo económico comunista alternativo.

Sin embargo, al plantear la necesidad de encarar reformas de fondo del capitalismo hay que tener en cuenta la dificultad de que, en la práctica, existe una amplia pluralidad de modalidades del sistema capitalista muy diferentes entre sí. Nuestro sistema concreto, el que podríamos llamar «modelo europeo y de América del Norte», tiene muy poco que ver con el capitalismo de los países emergentes de Asia. Y menos aún con la variante que se aplica en China, donde quizás aciertan quienes la denominan más bien «comunismo de mercado». Las matizaciones de los modelos brasileños y rusos, por ejemplo, comportan asimismo prácticas muy diferenciadas de las nuestras. La clave de ello reside en la estrecha relación que existe entre la filosofía capitalista de fondo y los sistemas políticos de los países donde se aplica, su nivel democrático, el grado de respeto a la libertad teóricamente consustancial para la economía de mercado o el diferente peso del intervencionismo de los estados en los asuntos financieros, productivos y comerciales internos de cada sitio. Estos y otros factores influyen decisivamente en la definición final del tipo de capitalismo que se aplica y crea ese abanico tan amplio y heterogéneo de modalidades diferentes.

Los ejes de la reforma necesaria

Para la modalidad del capitalismo que rige en el bloque occidental al que pertenece España, una reforma no involutiva, ya sea tímida o con cierta profundidad, ya sea lenta o más rápida, únicamente puede ir en una doble dirección:

- Que los poderes democráticos (que emanan del voto directo de los ciudadanos) pongan o punto final, o por lo menos recorten sustancialmente su actual subordinación *de facto* respecto a los poderes financieros y establezcan unos nuevos marcos reguladores eficientes que arbitren mejor la libertad de mercado. Que por esa vía los poderes democráticos pongan punto final al *laissez-faire* descontrolado que en las tres últimas décadas ha favorecido directamente la espiral de corrupción e injusticia que ha encrespado a los ciudadanos hasta generar el ya mencionado Estado de Malestar.
- Que en paralelo los poderes democráticos debatan, consensúen y pongan en marcha coordinadamente medidas para que la globalización corrija su demostrada tendencia actual a aumentar las desigualdades, tanto las desigualdades dentro de cada uno de los estados como las desigualdades zonales en el conjunto del mundo.

Deben formar parte de esta reforma los nuevos marcos y mecanismos reguladores ya mencionados, pero también unas nuevas políticas fiscales más igualadoras, la generalización de nuevos modelos de financiación y la aceptación de nuevos planteamientos empresariales y comerciales. Y todo ello dentro de una filosofía general, debidamente apalancada en las normativas, de mucha mayor transparencia en toda la actividad financiera.

Los nuevos marcos reguladores occidentales deben estar adaptados a las complejas realidades políticas de esta parte del mundo. Por supuesto que no deben ser estrechos corsés que rodeen todos los detalles de la vida económica, en la línea de lo que hace el capitalismo chino. Pero sí que deben mostrar eficiencia y eficacia para conseguir como resultado final un modelo de capitalismo inclusivo en el que las reglas de juego sean realmente las mismas para todos y el crecimiento generado se distribuya favoreciendo prioritariamente a la mayoría de los ciudadanos y no –como ha sucedido en esta última etapa– a los protagonistas del sector financiero y a una franja muy estrecha de grandes inversores.

También forma parte de la amplia reivindicación reformista la fijación de unas líneas rojas que limiten la actuación de los *lobbies* en su marcaje a las instituciones políticas. Porque, aunque se hagan pasar por defensores de intereses que finalmente acaban beneficiando al conjunto de los ciudadanos, en la práctica casi nunca lo son, y defienden precisamente intereses individuales y sectoriales de pequeñas franjas empresariales contra los intereses generales.

Europa, escenario previsible

Por todo lo señalado anteriormente, esta reforma del capitalismo es una cuestión esencialmente más política que económica. Y lo lógico es que fuera el desenlace del pulso triangular que sostienen actualmente entre sí los grandes poderes financieros, los estados e instituciones políticas supracionales y los ciudadanos de los países democráticos.

Pese a su declive general, pese a haber perdido la centralidad geográfica de la vida económica mundial y pese a su retroceso como potencia mundial, mi hipótesis como observador de los movimientos sociales –y casi mi pronóstico– es que se trata de un debate y un pulso que todavía le corresponde protagonizarlos por idoneidad a Europa, a la Unión Europea. Quizás es el único espacio en que puedan producirse sin gravísimas confrontaciones sociales. La UE, por su fortaleza democrática y por su sincera adscripción general sin reservas al sistema capitalista, reúne actualmente las mejores condiciones objetivas necesarias para madurar este proceso de reformas. Su condición de plataforma multinacional –políticamente hablando–, con un parlamento plural que recoge todo tipo de sensibilidades, posibilita de forma particular que pueda efectuar progresivamente los debates ideológicos y técnicos necesarios para perfilar la corrección del sistema financiero.

Hay una cuestión capital que cataliza esta posibilidad. El declive europeo y la amplia conciencia del Estado de Malestar están propiciando aquí, en libertad, una amplia y profunda presión popular democrática a favor de este tipo de reformas por parte de su ciudadanía, particularmente desencantada con los excesos, abusos e ineficacias del modelo económico vigente, a los que atribuye la raíz de buena parte de sus problemas cotidianos y del descenso de su nivel de vida. Se trata de una presión cada vez más plural y generalizada, cada vez más coordinada pese a que se manifieste con matices profundamente diferentes en cada país, y cada vez más visible. Y es una presión concreta para que sus estados y el conjunto de la UE adopten decisiones y establezcan leyes equilibradas que quiebren la subordinación de los poderes emanados de las urnas a

los poderes financieros y sus intereses. Se trata de una presión que fija su reivindicación en una cuestión trascendental: que se asienten reglas de juego más claras, más justas y que acaben siendo más equilibradoras de las desigualdades.

En realidad, tal como concluyen muchas voces autorizadas del pensamiento crítico, se trata de desandar parcialmente aquella entronización del *laissez-faire*, así como contrarrestar la demonización teórica y práctica que se hizo del principio de que deben existir impuestos, por contenidos y limitados que sean. Porque hay conciencia de que allí donde los siempre impopulares impuestos corregían las insuficiencias económicas del Estado de Bienestar, hoy, después de recortarlos o suprimirlos, hay recortes esenciales de los servicios públicos y enormes espirales de crecimiento del déficit institucional.

Lo de acabar con la subordinación de los poderes políticos a los económicos es un tema esencial. La prueba del nueve de esa subordinación fue poder comprobar que, en general, cuando se intervinieron las entidades financieras privadas en apuros, los gobiernos no pasaron a mandar de verdad en ellas ni a tomar las grandes decisiones que les concernían. Y, luego, una vez aportados los parches de dinero público, esos mismos gobiernos consideraron *natural* empezar a salir de los bancos ya saneados y para que estos retomasen su condición de entidades privadas, en vez de aprovechar la circunstancia para recuperar la existencia de una red de bancos públicos más modernos y eficientes que pudiesen ayudar a atender la problemática social. Por subordinación, insisto, los poderes políticos actuaron a favor de que todo volviese a la casilla inicial del viejo orden privado de manos libres para los directivos y accionistas, pese a que tan recientemente había demostrado su fragilidad y su tendencia, no general pero sí bastante generalizada, a incurrir en altos índices de ineficiencia –por asumir riesgos excesivos, por buscar beneficios rápidos– y a situaciones de manifiesta corrupción interna.

Dependencia de la unificación europea

Sería ingenuo negar que Europa no lo tiene fácil. La vía lógica para conseguir que sea ella quien dé los pasos legislativos decisivos para una reforma eficaz de las prácticas capitalistas es que el poder político comunitario consiga más fuerza. Para ello, para que sus mecanismos adquieran una solidez que proporcione a la UE capacidad de imponer sus decisiones, son necesarios avances substanciales en el proceso de unificación política (o, por lo menos, avances en el proceso de conseguir más coordinación política interna en materia de Derecho, libertades, cuestiones sociales, etc.), además de continuar progresando en el proceso de unificación económica (o, por lo menos, avances en el proyecto para conseguir más coordinación interna en esa materia, en la línea de la unión bancaria, la convergencia fiscal, la estructuración de mecanismos de solidaridad, etc.).

El reto político de avanzar en la unión para conseguir la reforma del modelo económico es difícil pero necesario. Se trata de superar, en definitiva, el *statu quo* vigente desde que los europeos accedimos a la libre circulación de personas, mercancías y capitales. Hay que ser conscientes de que ese era para muchos de los impulsores de la UE el límite de lo que deseaban ceder en materia de soberanía estatal. Pero ahora sabe-

mos que hemos construido una silla coja e inestable para los ciudadanos. Y debemos reconocer que hasta ahora los avances para desbordar ese marco inicial de la unión y llegar a concretar más elementos políticos de una integración real han sido extremadamente lentos y no tienen siquiera definido un dibujo final aceptado por todos, sino más bien todo lo contrario. No obstante, hemos de aceptar que la fórmula creada hasta ahora ya no es plenamente operativa para el nuevo mundo globalizado en el que a los europeos nos han surgido competencias más poderosas que nosotros. Sabemos que si persistimos en encarar esas competencias país a país, nos relegarán, país a país y a la UE en su conjunto, a una larguísima etapa en un segundo plano mundial.

Aludo a que las vacilaciones en la integración europea son el principal obstáculo político para que se haga desde aquí la reforma del sistema económico, pero añado que, además, pueden acabar truncando todo el proyecto de la misma UE. Subrayemos, respecto a esto, que en Europa conviven actualmente tres tendencias concretas bloqueadoras del desarrollo de la Unión:

- 1) La resistencia natural y sistemática de los estados a ceder más áreas de soberanía.
- 2) La existencia de profundas corrientes de opinión, populistas y no populistas, que en vez de vincular el declive de Europa a la insuficiencia de lo hecho en dirección a la unificación lo atribuyen precisamente a lo contrario, a que se ha ido demasiado lejos en la pérdida del poder de decisión de los estados individuales. Estas corrientes populares euroescépticas determinan que la resistencia de muchos políticos nacionales a transferir más áreas de soberanía a las instituciones de la UE, y en particular al Parlamento Europeo, tenga el respaldo de un poderoso arraigo popular en la mayoría de los países.
- 3) La resistencia de los estados económicamente más poderosos y económicamente más estabilizados, con Alemania y Reino Unido a la cabeza, a aceptar el principio democrático de la igualdad –ni siquiera relativa, ni siquiera proporcional– entre los socios, a la hora de adoptar decisiones y de fijar políticas comunes en el seno de la UE. Tienen un argumento básico consistente: los estados más poderosos rechazan de entrada la horizontalidad y la igualdad de voto entre los países que forman parte de la Unión mientras no exista en paralelo la misma igualdad en las aportaciones económicas de todos los miembros para atender a la supervivencia del club colectivo y para cubrir el coste de las políticas que se deciden.

Los cambios en la sensibilidad política popular

Ya he señalado que es la UE quien se halla en mejores condiciones teóricas para impulsar –sin, por supuesto, ninguna exclusividad– la concreción de las reformas prácticas que precisa el capitalismo y el inicio de su aplicación. La razón primordial es que se trata del área geoestratégica en que está más vivo el debate ideológico sobre dos ejes esenciales para encarar la cuestión: las causas de la crisis del modelo político democrático de partidos asentado tras la Segunda Guerra Mundial, tal como ha funcionado en las últimas décadas, y los efectos perversos sobre el conjunto del crecimiento económico que han provocado las desregulaciones generalizadas.

La pérdida de renta y de confortabilidad general tras la explosión globalizadora, la crisis y los recortes de su modelo de bienestar, el hartazgo popular por la amplitud de la corrupción que acompaña al actual modelo político-económico, impulsan en Europa un consistente desarrollo de movimientos populares de calado. La mayoría de ellos presionan –y previsiblemente presionarán más en el futuro– exigiendo más justicia distributiva (más atención a los problemas sociales, despliegue de actuaciones para frenar las desigualdades crecientes que genera la actual práctica del capitalismo) y comportamientos menos opacos. La concreción de estas aspiraciones sería que los representantes políticos democráticos mantuviesen actitudes más firmes ante el *libertinaje* (esta es la palabra definitoria más adecuada) de los poderes financieros, escapistas con éxito, hasta ahora, de todo control regulador.

Estos nuevos movimientos sociales publicitan líneas de pensamiento que consolidan la conciencia de malestar y proporcionan solidez a la contestación al modelo económico. Desde ellos se refuta abiertamente la vieja idea liberal de que el mercado es capaz de corregir automáticamente los excesos del sistema y también el mensaje político neoliberal de que las intervenciones de los estados en la economía han acabado históricamente generando situaciones de ineficiencia muy empobrecedoras para el conjunto de los ciudadanos.

Los movimientos sociales han hecho calar la contestación formulando cuestiones como las que siguen:

- ¿Son anomalías o forman parte del *corpus* central del sistema los paraísos fiscales (como factor desequilibrador entre los diferentes estados) o las trabas a las armonizaciones fiscales entre los diferentes países?
- Luxemburgo y los pactos secretos de Jean-Claude Juncker con más de 300 multinacionales para que tributasen de forma mínima en su país en vez de hacerlo al nivel de lo fijado por los países en que desarrollan sus negocios y ganan su dinero, ¿son, pese a su supuesta legalidad formal, transgresiones a la ortodoxia capitalista o prácticas que forman parte de la laxitud necesaria para engrasar al sistema? (Recordemos que Juncker ha explicado después de que trascendiese lo ocurrido, siendo ya presidente de la Comisión Europea, que «en Luxemburgo no teníamos otra opción para diversificar nuestra economía, dependíamos demasiado del acero». Y sobre todo un «volveríamos a hacerlo».
- Las retribuciones desmesuradas y los premios escandalosos en el sector financiero, que son prácticas opacas y fraudulentas incluso respecto a los reglamentos de sus propias instituciones, ¿pueden considerarse también «anomalías del sistema» cuando son tan habituales y cuando se producen con muchas similitudes en puntos geográficos y situaciones muy diferentes? ¿Y las puertas giratorias entre mundo económico y mundo político? ¿Y la ausencia de controles efectivos sobre los límites de riesgo de la actividad bancaria? ¿Y la habitual falsificación de las contabilidades que se entregan a las instituciones reguladoras? ¿Y las inhibiciones de tantas y tantas auditorías al analizar las cuestiones más problemáticas de las entidades? ¿Y la supuesta necesidad de priorizar los apoyos a las entidades financieras, aunque hayan incumplido sus obligaciones, pasando por delante del apoyo a los ciudadanos víctimas de esas malas operaciones? ¿Y la sacralización de la idea de que el mundo financiero tiene derecho natural a mantener secreto, incluso ante los poderes emanados del voto democrático? ¿Y la sistemática y

sospechosa ausencia de regulación del prestamismo ajeno a las entidades financieras, para resaltar, según se denuncia, la supuesta superioridad/bondad del prestamismo bancario?

Como consecuencia del fracaso de los regímenes marxistas, la mayoría de los movimientos organizados populares significativos y no testimoniales que crecen en Europa ponen más en cuestión las malas prácticas y desviaciones del capitalismo que al sistema en sí mismo de una forma integral.

- 1) Pero si no se producen las reformas, es previsible que en Europa radicalicen sus posturas y cristalice un moderno anticapitalismo más sofisticado que el del siglo pasado, regresando a la teoría de que el capitalismo, tal como se está aplicando, nunca más podrá considerarse la solución porque es parte esencial del problema.
- 2) La creciente tendencia a la contención o la moderación de algunos de estos movimientos, como es el caso de Podemos en España, se debe fundamentalmente a que, ante la generalización del descontento popular, estos impulsos políticos han detectado que se han creado las condiciones objetivas para intentar dar el paso que separa la mera denuncia, la protesta, el lamento de subrayar las contradicciones internas del capitalismo, la mera contestación en suma, de algo atractivo y valioso: la posibilidad real de conseguir un apoyo electoral que les proporcione fuerza parlamentaria y les abra las puertas para aplicar sus propias ideas sobre políticas transformadoras.
- 3) En el caso de Podemos es evidente que, como movimiento primero, y ya como nuevo partido, intenta que sus posturas iniciales (de corte inequívocamente anticapitalista) evolucionen para dejar de ser testimoniales y seduzcan a las clases medias y las clases trabajadoras desencantadas, situándose dentro de un espectro ideológico que no se ciñe a la extrema izquierda. Es su estrategia para llegar a tener capacidad de decisión política en las instituciones del Estado y en las instancias comunitarias europeas.

Respecto a Podemos, es significativo que, cuando ha empezado a confeccionar su programa económico de cara a próximas citas electorales, haya formulado abiertamente una *conversión* y haya intentado ser percibido como movimiento transversal en torno a una orientación socialdemócrata de nuevas raíces. Con ello probablemente intenta enlazar con la idea popular cada vez más extendida de que, después de la traición de las revoluciones comunistas y socialistas a sus propios seguidores, y tras producirse asimismo una traición del capitalismo a muchos de sus propios parámetros doctrinales, en las tres últimas décadas también se ha producido una traición histórica de la socialdemocracia tradicional a sus principios y objetivos.

Vale la pena subrayar la rapidez con la que Podemos ha conseguido no solo introducirse en la primera línea del debate socioeconómico, sino también normalizar y extender a sectores muy amplios de la sociedad española una nueva franqueza dialéctica crítica sobre los males del sistema. Subrayo, por ejemplo, que en su dialéctica respecto al sistema económico da por supuesto que actualmente la banca, como gran tótem del sistema económico, carece de credibilidad y reputación. Llama la atención que, ante la credibilidad sin matices que ha ganado esta afirmación en España, expresar esta idea ya no se considere una radica-

lidad. Sirva como muestra, sin ir mas lejos, que la banquera Ana Botín en su deseo de ser reconocida como una persona sincera formuló en un reciente discurso público esa denuncia con esas mismas palabras, en el contexto de una abierta llamada a replantear buena parte de los planteamientos bancarios vigentes.

Concluyo señalando que considero posible que en Europa los nuevos movimientos sociales consigan impulsar la reprogramación del capitalismo que hasta ahora no han logrado efectuar los representantes políticos convencionales. Concluyo subrayando asimismo que es muy probable que el proceso sea lento y que vivamos obstrucciones para que las reformas sean simplemente un maquillaje, pero entiendo pero entiendo que, como los problemas del sistema político y del sistema económico afectan ya a sus respectivos núcleos, una estricta continuidad de ambos parece escasamente sostenible. Y concluyo destacando que el tipo de reforma que precisa el capitalismo para ser sostenible y para continuar siendo aceptado masivamente difícilmente se generará en los países donde no rigen las coordenadas democráticas occidentales. También anticipo que si Europa no consigue hacer valer sus criterios reformistas, el futuro del capitalismo conducirá probablemente a la propia UE hacia parámetros sociales similares a los de los países emergentes asiáticos.

Barcelona, diciembre de 2014.

Jordi Mercader

Presidente de Miquel y Costas & Miquel

Empezaré manifestando mi convencimiento de que el desarrollo del capitalismo y la economía de mercado pasan por los dos mismos grandes ejes de siempre, el sentido y la gestión de los productos y servicios que ofrece y la calidad competitiva de los mercados a los cuales se sirve. Pero al mismo tiempo señalar que estos ejes deberán vertebrarse con mayor intensidad e inteligencia que nunca, dada la complejidad y sofisticación de los medios en donde actúan.

La gestión de la complejidad es, pues, el gran reto del capitalismo actual. Una complejidad que crecerá, y que por ello nos debe incitar a actuar, para preservar el funcionamiento de un modelo que es el mejor que nos hemos sabido dar. Mejorarlo, reducir sus defectos y corregir trayectorias ha sido una constante en su desarrollo, ahora es un imperativo.

Volviendo de nuevo al principio, y en primer lugar, desde la perspectiva de los productos, es donde hay que recuperar todo el sentido de la economía al servicio de la comunidad. Este es el valor básico sobre el que se sustenta el sistema. En el otro eje, nos enfrentamos a la necesidad de proteger el modelo de mercado, para que asigne eficientemente los recursos. Este es el desafío que hay que vencer para evitar que precisamente estos fallos cuestionen el sistema.

Estos fallos, derivados de las condiciones físicas o estructurales donde se desenvuelven, de la evolución hacia la reducción e incluso la ausencia de competencia, de la falta de transparencia, exigen grados crecientes de capacidad y de conocimiento para corregirlos sin pervertir la esencia del sistema. Al mismo tiempo, el control de sus responsables y de sus gestores que, con su comportamiento, afectan cada día con más sofisticación a la calidad de productos y mercados, exige de nuevo gestionar con sencillez la ética general del sistema, su responsabilidad social, la bondad y control de sus códigos de conducta, la información privilegiada, los conflictos de interés y la eliminación de la corrupción.

Pero regresando al inicio de mi intervención, tenemos que producir bienes y servicios desde la perspectiva del retorno a las bases de la economía empresarial, o de la industrial, si me apuran. La clave hay que buscarla en

la recuperación, como objetivo primordial, de la capacidad de aportar a la sociedad elementos diferenciales en la oferta, de forma que esta, al añadir valores ciertos a la comunidad a la que sirve, dé sentido al proyecto empresarial.

Es básico, pues, poner el acento en la idea que es imprescindible añadir valor *nuevo, reconocible y específico* en los productos y servicios producidos. Esto es lo que justifica la actuación emprendedora. ¡Esta es la base real del capitalismo!

Al mismo tiempo, se debe poner de relieve la importancia del rigor en el funcionamiento. Es este un valor que va desde el planteamiento ético al medioambiental, y desde el legal al fiscal. Es un valor que debe compatibilizarse con un concepto de austeridad que haga de la calidad de los costes la condición necesaria para su viabilidad.

Pero el fondo de la cuestión, en este regreso a las bases industrio-empresariales, lo encontraremos en la condición suficiente que habrá que conseguir por la vía de la creatividad, de la incorporación del diferencial tecnológico, o del desarrollo organizativo innovador, por ejemplo. Sin cumplir esta condición vinculada a la «novedad» no hay proyecto empresarial, hay simplemente administración de una situación.

Cambiando ahora el plano del análisis y situándonos en el de los mercados, hay que hacer algunas consideraciones sobre las condicionantes de la competitividad y su influencia en el posicionamiento de los responsables de la toma de decisiones, en el marco de una economía y un capitalismo globalizados.

Así, la importancia de las condiciones en las que las empresas operan crece en forma determinante, con la extensión de la globalización y el conocimiento. Si en su entorno, sus condiciones de funcionamiento no son homologables a las de sus competidoras, entonces se penalizan indebidamente, distorsionando primero las capacidades que afectan a su desarrollo y su capacidad de competir, y después sus inversiones. Eso quiere decir que los costes estructurales básicos deben ser semejantes a los de sus competidores y no estar afectados por diferenciales ligados a distorsiones en los precios, a la disponibilidad de servicios, al entorno regulatorio desde la fiscalidad, al medio ambiente, o aun a la seguridad jurídica.

No quiero parecer negativo. A *sensu* contrario existen externalidades positivas, muchas veces intangibles, en la línea de la tradición empresarial o industrial, en la de la cultura del esfuerzo, en la de las estructuras de formación e investigación que constituyen factores competitivos básicos, que es necesario reconocer, impulsar y difundir con toda la intensidad posible. Cataluña es un buen ejemplo en muchos de estos intangibles, si no en todos.

Mi tercera consideración, al reflexionar acerca del futuro del capitalismo, gira alrededor de la calidad de su clase dirigente. Calidad determinante en todos sus aspectos y variantes y, en la que los técnicos son de nuevo la importantísima condición necesaria, pero en ningún caso la suficiente. Es la cultura del esfuerzo, de la ilusión por la creatividad, de la capacidad de emprender, de asumir riesgos, de la voluntad de destacar haciendo las cosas mejor de lo que se hacen, la que lleva a cumplir con la condición suficiente.

Pero volvamos a las bases... y a los valores. Para explicar mi visión personal, no descubrir el Mediterráneo, y al mismo tiempo recuperar valores, creo que es bueno recordar lo que decía nuestro antiguo Código de Comercio cuando se refería al gestor-propietario de las empresas. En efecto, el Código declaraba como principio básico que la actuación del responsable de la compañía debía asemejarse al de un buen padre de familia... No he encontrado una síntesis mejor para describir, pues, mi posición. Así, y para empezar, el comportamiento de un buen padre de familia se enmarca siempre en el cuadro de un proyecto a largo plazo, protegiendo un legado, que debe transmitir a las siguientes generaciones.

Significa dotar al colectivo familiar de cultura y valores propios, que giran alrededor del rigor y la comprensión, pero que preservan la libertad individual y la independencia, al mismo tiempo que impulsan la formación, el conocimiento y la ilusión por el futuro.

Significa equilibrar los comportamientos de justicia y equidad entre sus miembros, pero desde el requerimiento del esfuerzo compartido, para dotarlos de los medios necesarios para su desarrollo, con el fin de cederles a tiempo, la propiedad y el protagonismo para, evitándoles hipotecas de futuro, facilitarles la transición.

Es importante destacar al mismo tiempo cómo se cuida y protege a aquellos que, sin ser estrictamente familia, contribuyeron a construir el proyecto. Al mismo tiempo, hay que destacar el cuidado con que se transmiten los valores. La solidaridad, la equidad, la importancia de la formación y, en muchos casos, un cierto cosmopolitismo a través del conocimiento del mundo, con sus distintas sociedades, vitalidades, ansiedades... La contrapartida es el acentuado sentido de pertenencia al grupo, pero, al mismo tiempo, el de su corresponsabilidad con los demás para, al final, acabar valorando su entorno más cercano con todo el valor del puerto seguro que, no obstante, reconoce su pertenencia a un mundo grande y difícil... Es todo ello lo que lleva al reconocimiento del liderazgo de este padre de familia, como un elemento especial de la sociedad a la que pertenece y en la que es un referente. Su referencia es al mismo tiempo la referencia de su familia... ¿Responsabilidad Social Corporativa?

Aunque sea abusar de la metáfora, me agrada recordar que, con extraordinaria visión, o intuición si ustedes quieren, fueron estos padres de familia los que antaño se aventuraron a trasladarse del campo a la ciudad, los que con el tiempo hicieron estudiar y conocer el mundo a sus hijos, los que de verdad construyeron lo mejor de nuestra sociedad de hoy.

Pero voy acabando. Es el momento de sintetizar mi exposición en tres puntos:

1. El futuro pasa por la innovación de productos y servicios, con economía de recursos (sostenibilidad, energías verdes, reciclaje, logística, coche eléctrico, etc.).
2. Es necesario acentuar la protección del modelo:
 - Con una regulación inteligente.
 - Cuidando la efectividad de la competencia.
 - Con un riguroso control de la actuación de los gestores.

3. El tercer apoyo del capitalismo del futuro y la economía de mercado hay que fundamentarlo en la clase dirigente, en la que los empresarios y los emprendedores son un grupo destacado. Son dirigentes cuyos objetivos van más allá de la persecución del beneficio, que aceptan la responsabilidad de convertirse en referentes sociales y el compromiso de hacer oír su voz cada vez que sea necesario.

Permítanme una última consideración, que es quizás un poco atrevida, pero que sentiría no explicitarla. Yo creo en un empresario socialmente activo, diría crecientemente activo. Un empresario que apuesta por la sociedad con la que se relaciona, que apuesta con rigor e independencia por las personas. Un empresario que hace oír su voz clara y comprometida, en un entorno del que es parte, pero en el que, aunque no es activo en lo que está fuera de su ámbito, hace oír su voz cuando es necesario, porque es un referente.

Es a este empresario, a este «capitalista social y económico» comprometido con su empresa, pero también con la solidaridad, la sostenibilidad y la cultura, al que hay que reivindicar. Al final es su compromiso con el conocimiento, su capacidad de trasladar sus experiencias vitales de un mundo globalizado y asequible, su experiencia con el poder de la información, su proximidad con culturas diferentes, sus vivencias sobre desigualdades inasumibles, lo que dará valor a la aportación de este empresario, este activista social, que con su vivificante vitalidad alimentará la esperanza y el futuro de muchos.

Belén Barreiro

Directora de MyWord y expresidenta del CIS

Introducción

La crisis económica constituye un gran propulsor de cambio social. Entre 2007 y 2014, la tasa de paro ha pasado del 8% al 23,7%: en la actualidad hay 5.427.700 millones de parados, de los cuales el 61,9% son de larga duración (llevan más de un año buscando empleo). Actualmente, hay más de 700.000 hogares sin ingreso alguno. La recesión ha producido, además, un empobrecimiento muy extendido. Según Mikroskopia, un estudio de MyWord, el 54% de los ciudadanos que residen en España considera que ha descendido de clase social como consecuencia de la crisis. Igualmente, la desigualdad social y la pobreza se han disparado. España es el país de la OCDE en el que la desigualdad ha crecido de forma más rápida en los años de crisis, tal y como han alertado diversos estudios, como el *Informe sobre la Desigualdad* que publicó la Fundación Alternativas en 2013, o el libro de José Saturnino Martínez, *Estructura social y desigualdad en España*. En nuestro país, el 20% más rico gana más de siete veces lo que gana el 20% más pobre, una de las diferencias más altas en Europa, y aproximadamente un 20% de la población se encuentra en riesgo de pobreza.

La crisis está cambiando profundamente la forma de pensar y de actuar de los españoles. Tras varias décadas de estabilidad en las opiniones ciudadanas con respecto al sistema político y económico, el empobrecimiento del país está destruyendo las bases de apoyo a los partidos tradicionales y a las grandes corporaciones económicas y financieras.

En los últimos años, se ha producido una nueva fractura en la sociedad española, que podría determinar el éxito o fracaso de muchas de las instituciones de la democracia, ya sean partidos, empresas o bancos. Esta fractura o *cleavage* separa a los ciudadanos, muchos de los cuales sufren las consecuencias de la crisis, de una élite socio-económica y política percibida como poderosa y privilegiada. Además, tanto en el ámbito de la política como en el del mercado, la sociedad poscrisis no se muestra resignada, sino que ha optado por tomar las riendas de su destino, volviéndose más activa y cooperativa. La rebelión contra «las élites» constituye uno de los problemas más graves a los que se enfrenta nuestro país y el mayor reto para la democracia y la economía de mercado, tal y como las hemos conocido hasta ahora.

De la rebelión contra la política tradicional a la rebelión contra el capitalismo

La manifestación más clara de la fractura «élite-ciudadanía» es el surgimiento de Podemos, que se habría convertido en apenas seis meses, según algunas encuestas, en la primera fuerza política en intención de voto en España, por encima del partido actualmente en el Gobierno, el Partido Popular (PP), y del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), el partido que más años ha estado al frente del Gobierno español. Si en 2008 los dos grandes partidos sumaban el 83,8% del voto válido, en las últimas elecciones europeas el PP y el PSOE se quedaron en el 49,1%, una caída de casi 35 puntos porcentuales.

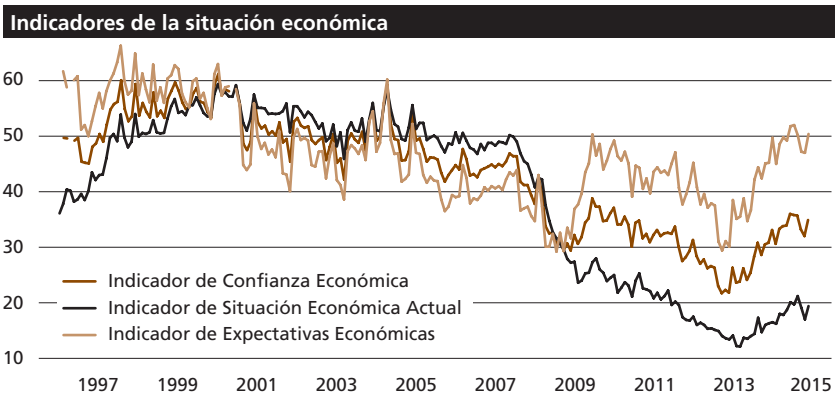
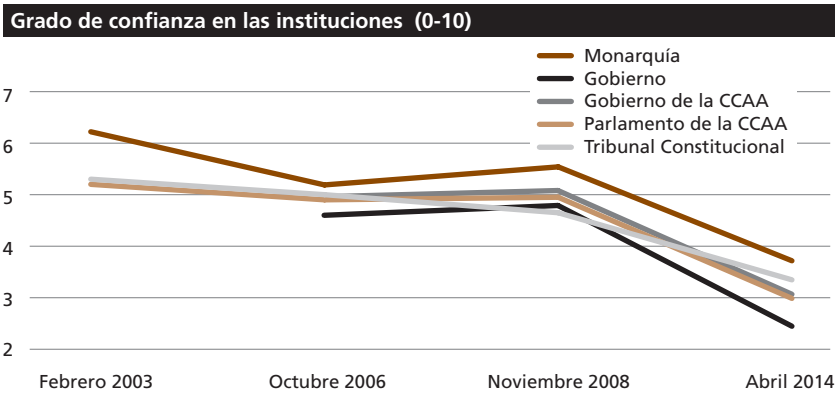
En las últimas semanas, las encuestas apuntan a una crisis del bipartidismo que podría desembocar en un sistema de partidos nuevo, multipartidista y fragmentado, ya no solo en la izquierda, sino también en el centro-derecha y la derecha, con la irrupción de Ciudadanos en cuarta posición en intención de voto directa (MyWord) y estimada (Metroscopia). Según los últimos sondeos, varios institutos de investigación sitúan a Podemos como partido más votado en las próximas elecciones generales: así lo hacen cuatro de los ocho principales (MyWord, Metroscopia, DYM y Sigma Dos), mientras que los otros cuatro (Invymark, GESOP, Celeste-tel y GAD3) lo sitúan en segunda posición, muy cerca del primero, el PP.

La fractura «élite-ciudadanía» no solo se refleja en la crisis del bipartidismo. Según las series históricas del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), la insatisfacción con el funcionamiento de la democracia ha aumentado en estos años desde el 45% al 67,5% y, aunque sigue habiendo una mayoría del 61% de los que creen que la democracia, con todos sus defectos, es el mejor sistema posible, quienes así pensaban hace pocos años constituían el 85%. En este mismo sentido, si antes de la crisis una abrumadora mayoría del 75% creía que los partidos políticos eran necesarios para el funcionamiento de la democracia, en 2013, según el ObSERvatorio de MyWord para la Cadena SER, ya había un 57% que afirmaba que el sistema democrático podía funcionar sin partidos políticos, mediante plataformas sociales que los ciudadanos elegirían para la gestión de los asuntos públicos.

Igualmente, la confianza en las instituciones políticas, ya sea el Gobierno, la oposición, los gobiernos y parlamentos regionales o el Tribunal Constitucional, ha caído estrepitosamente: hoy por hoy, ninguna logra el aprobado. La única excepción podría ser la monarquía, cuya aprobación había sufrido un severo deterioro que la buena valoración del rey Felipe VI podría haber contrarrestado.

El tradicional europeísmo de los españoles también se ha desmoronado: si antes de la crisis confiaba en la Unión Europea (UE) el 58%, ahora lo hace el 30%, una caída de 28 puntos porcentuales, muy superior al descenso medio en otros países de la UE, de 11 puntos. Igualmente, la confianza en las distintas instituciones europeas se ha desplomado en estos años: en el Banco Central Europeo (en 22 puntos), en la Comisión (en 17 puntos) y en el Parlamento (en 34 puntos). La imagen positiva de la UE cae en España, pero lo hace en general en los países deudores: por término medio, 23 puntos porcentuales, frente a los 6 del resto de países.

En España, además, la valoración de la situación política siempre ha estado muy correlacionada con la valoración de la economía. Sin embargo, según se muestra en el siguiente gráfico, los datos más recientes del CIS indican que la percepción de la economía mejora desde 2013, mientras que la de la política, que parecía mejorar a menor ritmo, vuelve a caer en el último año (aunque los últimos datos podrían estar mostrando un nuevo cambio de tendencia). Es posible, por tanto, que la crisis económica deje en España un nuevo tiempo político, con nuevas reglas y exigencias.



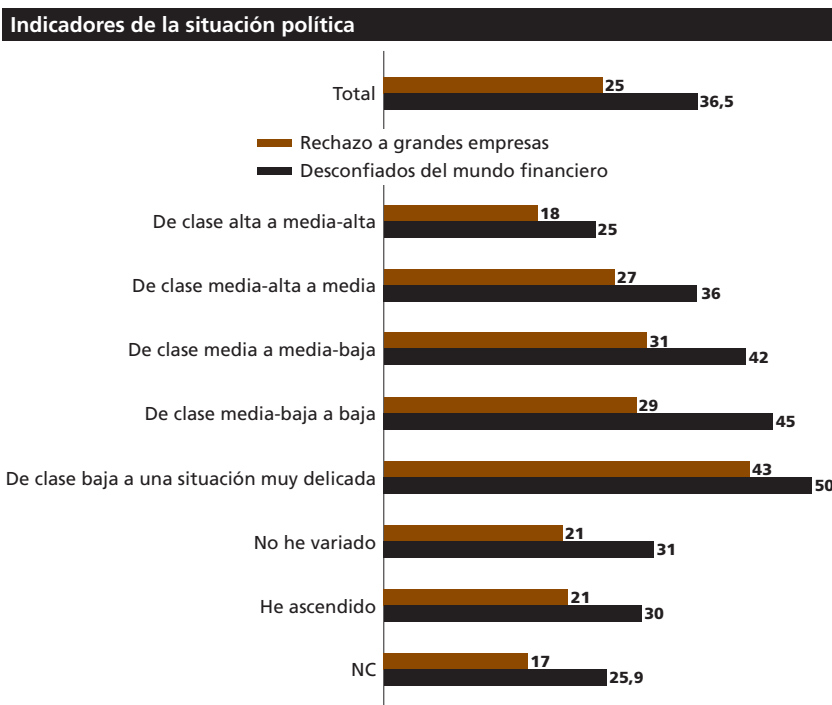
Antes de la crisis, el capitalismo gozaba de un amplio apoyo en España. Según un estudio del *Pew Research Center*, el 67% aseguraba que el mejor sistema para nuestro país era una economía de mercado, un porcentaje más alto que el que se registraba en países como Alemania o Francia.

La crisis ha supuesto un gran vuelco en las actitudes de los ciudadanos: en 2014, el respaldo a la economía de mercado había caído 22 puntos porcentuales, situándose en el 45%. La comparación con 44 países de varios continentes coloca a España como uno de los más anticapitalistas, con un nivel de apoyo solo por encima de México y Argentina.

El sistema capitalista como modelo económico ha perdido adeptos allí donde la crisis económica ha causado más estragos: el apoyo de la ciudadanía al modelo de libre mercado desciende en aquellos países en los que los últimos turbulentos años han derivado en un aumento de la desigualdad y una caída en el reparto de la riqueza nacional. Entre los años 2007 y 2014, el apoyo al capitalismo no solo descendió en España, sino también en Italia (16 puntos). En Grecia, aunque no se dispone del dato previo a la crisis, el apoyo a la economía de mercado es solo del 47%. Por el contrario, en países como Alemania y Francia, los ciudadanos se muestran más favorables al modelo capitalista en 2014 que en 2007, con un aumento de 8 y 4 puntos porcentuales respectivamente: en ambos países la desigualdad y la distribución de la renta permanecieron estables.

Según *Mikroskopia*, el estudio de *MyWord*, que no mide el respaldo al sistema capitalista, sino a sus protagonistas, en el último año, el 25,5% de los ciudadanos ha sentido rechazo hacia las grandes empresas y multinacionales, una cifra nada despreciable. La desconfianza hacia el mundo financiero es aún mayor, del 36,5%. El mismo estudio revela que el sentimiento anticapitalista nace sobre todo del empobrecimiento que ha causado la crisis económica: no es un fenómeno asociado necesariamente con personas subversivas, marginadas o radicales, sino que afecta a un amplio segmento de ciudadanos y consumidores.

El descenso de clase social como consecuencia de la crisis, que dice haberla sufrido uno de cada dos ciudadanos, incide tanto en el rechazo a las grandes empresas como en la desconfianza hacia las instituciones financieras, particularmente en los estratos que ya eran más débiles, las clases medias bajas y las clases bajas, pero ni siquiera las clases medias empobrecidas, ni quienes no han variado de estrato social como consecuencia de la crisis, son del todo ajenos a este fenómeno. Según se observa en el gráfico, las personas de clase baja en riesgo de caer en la pobreza son las más críticas con las grandes corporaciones: el 43% de ellas admite aversión hacia las grandes empresas y falta de confianza hacia la banca. Llama la atención, sin embargo, que entre los que no han variado de estrato social, los porcentajes sean asimismo considerablemente altos, del 21% y del 31%, respectivamente. El «consumidor rebelde», por tanto, es transversal.



Igualmente, la ideología influye en las actitudes anticapitalistas, pero este sentimiento no es solo propio de personas radicales. Si atendemos al rechazo a las empresas, se observa que el «anticapitalismo» supera el 40% en la extrema izquierda, pero en las posiciones moderadas, como en el centro, o entre los ciudadanos de bajo perfil político (los que no tienen ideología), el rechazo a las grandes empresas afecta a dos de cada diez ciudadanos, una cifra más baja que la que se da en el conjunto pero en absoluto despreciable. Igualmente, la ideología influye en la desconfianza hacia el mundo financiero, aunque no se trate de un fenómeno exclusivo de personas radicales. Si bien es cierto que son los ciudadanos situados en ambos extremos del eje político los que más recelo muestran hacia el sector bancario, esta desconfianza también está presente en cerca de un tercio de las personas ubicadas en el centro político y entre aquellos que no se posicionan ideológicamente.

Ciudadanos y consumidores en busca de sus propias soluciones

La fractura «élite-ciudadanía», tanto en el ámbito económico como político, ha ido acompañada de otro cambio social enormemente relevante: en estos años, los españoles se han hecho más activos, solidarios y cooperativos. Los ciudadanos han buscado por sí mismos y dentro de la propia sociedad algunas de las soluciones que las élites no les han dado.

Según las series del CIS, este cambio social se refleja en un aumento del interés por la política, de 8 puntos porcentuales desde antes de la crisis. Ha crecido también el uso de Internet para obtener noticias o información política (en 11,3 puntos); el seguimiento de programas televisivos y de radio sobre política (2,7 puntos); la frecuencia con la

que se habla de política con amigos (13,3 puntos) o familiares (12,5 puntos); la firma de peticiones (9,4 puntos); la compra de productos por razones políticas (11 puntos) o la asistencia a manifestaciones (6 puntos). Igualmente, el grado de acuerdo con la afirmación de que la política tiene una gran influencia en la vida del ciudadano aumenta en casi 18 puntos, al mismo tiempo que disminuye en 9 puntos pensar que «es mejor no meterse en política».

La colaboración con organizaciones de voluntariado o con fines caritativos también crece con la crisis: si antes de la recesión el 22% declaraba colaborar con organizaciones de voluntarios o con fines caritativos, en 2013 lo hacía el 34,7%, es decir, 12,9 puntos porcentuales más.

La sociedad, por tanto, se ha vuelto más activa y solidaria o cooperativa y no solo en el ámbito de la política, sino también en el ámbito del mercado. Según Mikroskopia, han surgido con fuerza nuevas formas de consumo y compra: el intercambio de productos y servicios (11,9%), el uso de mercados de trueque (5,3%), la compra o venta de productos de segunda mano (30,9% y 32%), compartir productos y servicios que antes se utilizaban (9,6%), la compra en establecimientos de consumo responsable (9,5%) y de comercio justo (7,9%) y la participación en grupos de consumo y compras colectivas (11,4%).

La crisis económica, por tanto, está produciendo un divorcio entre la ciudadanía y los sistemas político, económico y financiero. Los ciudadanos, que son también consumidores y compradores, están rompiendo sus lazos con instituciones poderosas y legendarias. Con la recesión, no solo ha nacido un nuevo votante potencial, el de Podemos, sino también un nuevo tipo de consumidor: el consumidor desafecto y rebelde, que no necesariamente está insatisfecho con los bienes y servicios que proporcionan las empresas, sino con el rol social que estas desempeñan.

La ruptura, por tanto, entre compradores y empresas es similar a la que se está produciendo en la política entre los electores y los partidos tradicionales. Y, en ambos casos, en el mercado y en la política, la reacción del consumidor o ciudadano está siendo sorprendentemente parecida. La sociedad golpeada por la crisis no se resigna, ni se ha vuelto pasiva, sino que ha optado por hacerse dueña de su suerte. En política, los ciudadanos se han convertido en protagonistas: ha nacido Podemos y las próximas elecciones municipales contarán con candidaturas ciudadanas. En el ámbito del mercado, los consumidores también han ido tomando poco a poco las riendas de su destino y están surgiendo formas de consumo alternativo: el trueque, los intercambios o las compras colectivas son algunas de las múltiples microtendencias generadas por la crisis.

Habrà que ver cuál es su evolución y si tienen o no futuro, pero, hoy por hoy, ya hay voces prestigiosas que ponen fecha al fin del capitalismo, como hace Jeremy Rifkin: en su opinión, en 2050 la economía de mercado habrá dado paso a una economía colaborativa. En el corto plazo, la recesión está generando nuevos hábitos de vida, consumo y compra, que entrañarán para las empresas riesgos y oportunidades.

La rebelión contra las «élites» y el efecto multiplicador de la revolución tecnológica

La crisis económica actual se produce en un contexto de digitalización veloz de la sociedad. En nuestro país, en 1996, únicamente el 1,3% de los españoles era usuario de Internet; cinco años más tarde, en 2001, Internet ya estaba en el 24% de los hogares. Actualmente, según los últimos datos del *Centro de Investigaciones Sociológicas* (CIS), la penetración es del 72%, únicamente cuatro puntos porcentuales por debajo de la del teléfono fijo, que no cesa de decrecer. Según una investigación comparada del *Pew Research Institute*, de 2012, el uso ocasional de Internet en España, no ya los hogares que lo tienen, era del 79%, un porcentaje similar al de Estados Unidos.

La revolución tecnológica, y no solo la crisis económica, pone en riesgo las lealtades de los ciudadanos con las instituciones que protagonizan la vida política y económica. Recordemos que Facebook se tradujo al español entre 2007 y 2008. Cuatro años más tarde España era ya el quinto país del mundo en el uso de redes sociales: uno de cada dos españoles era usuario. En el mundo digital de las redes sociales, creciente e imparable, la lealtad no se tiene, sino que se gana.

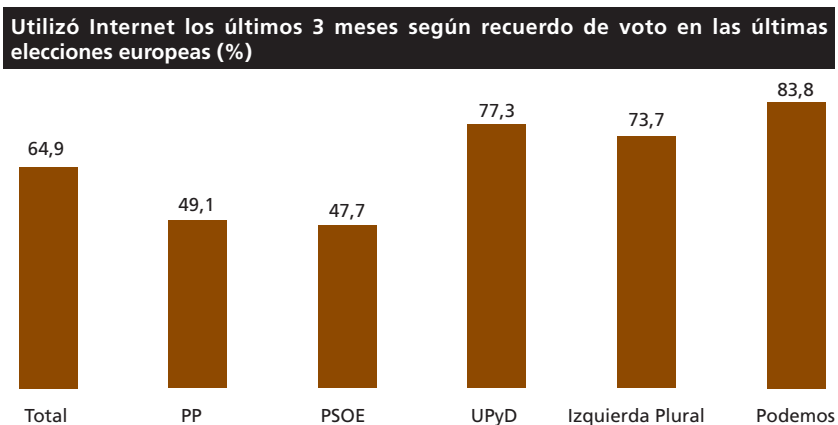
Un estudio de MyWord sobre el impacto de las noticias negativas en el consumo de un producto corrobora la existencia de una población dividida entre la que habita en las redes sociales y la que vive fuera, fundamentalmente televidente. Hay al menos tres elementos que caracterizan a la comunidad inmersa en las redes sociales: primero, sigue más medios de comunicación, por lo que está más informada; segundo, tiende a ser más receptiva a las noticias o datos; y, tercero, comenta mucho más con su entorno (amigos, familiares o compañeros de trabajo) la información que recibe, por lo que multiplica el efecto de una noticia como no lo hace, ni por asomo, la audiencia analógica.

Una comunidad de personas que absorben todo y lo comentan todo debería ser la pesadilla de cualquier producto, marca o institución que sea engañosa. Los usuarios de redes sociales presentan una característica: su reacción ante cualquier noticia es contrastarla. Ante nueva información, los internautas en las redes buscan datos y solo cambian de opinión o de comportamiento cuando están plenamente convencidos de que algo es como se dice. Por el contrario, aquellos que se informan solo a través de la televisión, pueden no dar credibilidad a la noticia negativa de un telediario o una tertulia, pero cuando se la dan, actúan sin contemplaciones, modificando su comportamiento.

En cierto sentido, las redes sociales se asemejan a unos fuegos artificiales, que explotan y de golpe se apagan, mientras que la audiencia analógica prende a fuego lento y deja brasas. Sin embargo, los fuegos de artificio también pueden quemar la reputación de un producto (o de una organización): lo harán cuando una noticia negativa no sea ni una falsedad, ni una exageración, ni un disparate. Es decir, cuando el contraste de información lleve, irremediablemente, a concluir que las cosas son como se dice. En principio, la audiencia digital, debido a esa voracidad informativa que la caracteriza, es menos manipulable.

En este sentido, la sociedad digital ha creado un nuevo tipo de ciudadano y consumidor, «en red», que forma parte de una comunidad de personas ávidas de información, en permanente intercambio de opiniones sobre servicios, productos o marcas, y siempre alerta y dispuestas a contrastar la veracidad de lo que se dice o de lo que se hace. El ciudadano en red es exageradamente exigente con las organizaciones políticas y económicas, en lo que ofrecen y en cómo lo ofrecen. Y es muy poco manipulable. Triunfar en la sociedad digital, en un contexto de crisis económica, exige mucho más que saber gestionar la presencia de las marcas en las redes sociales. En realidad, triunfar en la sociedad digital exige sobre todo ser autoexigente.

Las instituciones nacidas en la era analógica se han adaptado peor a las exigencias de la sociedad digital. Esto también explica, al menos en parte, la rebelión contra las «élites». En el ámbito de la política, según los datos del CIS, menos de la mitad de los votantes del PP y del PSOE se han conectado en los últimos tres meses a Internet: lo ha hecho el 49% de los electores populares y el 48% de los socialistas. Sin embargo, entre los votantes de Podemos, el 84% lo ha hecho, es decir, prácticamente el doble. Los partidos tradicionales no han sabido conectar con la sociedad digital, por lo que su electorado es, cada vez más, envejecido y analógico. Por el contrario, Podemos triunfa en la sociedad digital: conoce sus códigos de conducta y sabe comunicarse con ella. Algunas instituciones económicas y financieras legendarias muestran dificultades similares.



Esta era de crisis y cambio abre y cierra oportunidades. Los partidos políticos tradicionales se ven desplazados por nuevas fuerzas políticas (Podemos, Ciudadanos, Partido X, Vox) o por movimientos ciudadanos que sustituyen a los políticos de siempre (véase las candidaturas ciudadanas para las elecciones municipales). Las grandes corporaciones económicas y financieras están siendo amenazadas por organizaciones con nuevas reglas, acordes con los nuevos tiempos (por ejemplo, la banca ética en el sector financiero). En un mundo donde las redes sociales tienen cada vez más peso, los partidos políticos o las grandes corporaciones (empresas, medios de comunicación, etc.) que quieran consolidarse y crecer habrán de actuar con mayor transparencia y ejemplaridad. En las redes sociales es más difícil salir impune de los abusos o de las mentiras. La lección que se extrae de todo esto es que en el mundo digital de las redes sociales, creciente e imparable, la fidelidad del consumidor (como la del votante) no se tiene, sino que se gana. Se gana

en cada momento y con hechos contrastados. No todas las organizaciones lo han comprendido. Y si lo han hecho, algunas no han sabido o no han querido adaptarse a esta nueva realidad.

Recapitulación: nuevos retos para las instituciones políticas, económicas y financieras

La crisis económica y la revolución tecnológica están cambiando nuestra sociedad. La recesión ha dañado a demasiadas personas. Este empobrecimiento, junto con la creciente desigualdad social, está teniendo consecuencias de envergadura en la relación de ciudadanos y consumidores con las instituciones políticas, económicas y financieras. Se ha producido una fractura social de envergadura que ha roto las bases sociales de apoyo a los partidos, empresas y bancos tradicionales. Este divorcio podría tener consecuencias: las ha tenido ya en el ámbito político, según se vio en las elecciones europeas, y las podría tener igualmente en el ámbito económico.

Decía Montesquieu que «la democracia debe guardarse de dos excesos: el espíritu de desigualdad, que la conduce a la aristocracia, y el espíritu de igualdad extrema, que la conduce al despotismo». Numerosos estudios muestran los efectos nocivos de la desigualdad en las sociedades, que van desde la destrucción de la confianza social, el aumento de la delincuencia, el peor rendimiento educativo y el aumento de los problemas de salud, hasta la mayor polarización política. Reconciliar al ciudadano con el sistema económico y político es probablemente el reto más importante que las grandes corporaciones y las instituciones políticas tienen ahora mismo por delante.

